

La producción en el campo de la historia social argentina en la última década

Fernando J. Remedi
Universidad Católica de Córdoba
Universidad Nacional de Córdoba
CONICET (República Argentina)
fremedi@arnet.com.ar

Abstract

With the return to democracy in the nineteenth eighties, a process of growing professionalization in the discipline of history began to develop in Argentina. Therefore, the Argentinian historiography soon experienced a remarkable expansion, resulting in an outburst of topics, theoretical referents, approaches, methodologies, sources, and different interpretations. Despite the significance of these changes, there still are few studies of critical reflection summarizing what Argentinian historians have been studying in recent decades. This article intends to analyze the later production of Argentinian historians in the field of social history, attempting to unravel the theoretical and methodological aspects of this trend.

Keywords

Social history, historiography, Argentinian historiography, Latin-American historiography, methodology.

Resumen

Con el retorno a la democracia en la década de 1980, en Argentina se desarrolló un proceso de creciente profesionalización de la disciplina histórica. De ese modo, la historiografía argentina experimentó en poco tiempo una notable expansión, dando como resultado un estallido de temáticas, referentes teóricos, enfoques, metodologías, fuentes y líneas interpretativas. Pese a la importancia de estos cambios, aún son escasos los trabajos de reflexión crítica que resumen lo que los historiadores argentinos han estudiado en las últimas décadas. Este artículo pretende analizar la producción reciente de los historiadores argentinos en el campo de la historia social y desentrañar sus aspectos teóricos y metodológicos.

Palabras clave

Historia social, historiografía, historiografía argentina, historiografía latinoamericana, metodología.

Introducción

A fines de 1983 se produjo en la Argentina un retorno a la vida democrática, contexto en el que se inició un proceso de reconstrucción de los espacios académicos y de una creciente profesionalización de la disciplina histórica, la cual se conectó cada vez más con las prácticas y las discusiones prevalecientes en Europa y los Estados Unidos, y fue acompañada por una notable expansión y diversificación de la producción historiográfica en su conjunto. Mediando la década del '80, comenzaron a visibilizarse novedosos modos de acercarse al pasado; la historiografía argentina experimentó, en un lapso relativamente breve, una notable expansión, acompañada de un estallido de temáticas, un pluralismo de referentes conceptuales y metodológicos y la emergencia de novedosas líneas interpretativas. La producción historiográfica experimentó una eclosión y rápidamente adquirió un carácter fragmentado, visible en la proliferación de una miríada de historias parciales, autocontenidas, con escaso contacto entre sí, en cierto sentido en sintonía con las tendencias observables en la historiografía internacional en las últimas décadas. Cuando se desvanecía el siglo XX, ya se podía hablar de una historiografía argentina fragmentada, caracterizada por un fuerte policentrismo temático, un marcado pluralismo teórico y metodológico, un generalizado eclecticismo, rasgos que se fortalecieron en los años siguientes hasta la actualidad. No se trataba, como señalaba Hilda Sabato en 2001, de “una coexistencia de diferentes concepciones historiográficas fuertes, sino de cierta heterodoxia teórica y metodológica” que caracterizaba a buena parte de la producción historiográfica argentina.¹

Sin embargo, pese a la significación de los cambios producidos y al notorio incremento y la creciente diversificación de la producción historiográfica, aún son escasos los trabajos de reflexión crítica sobre lo hecho por los historiadores argentinos en las últimas décadas. Así, por ejemplo, para citar una contribución aparecida hace apenas unos meses, bajo el ambicioso título “La producción historiográfica reciente: continuidades, innovaciones, diagnósticos”, su autora, en realidad, se extiende en el examen de los marcos institucionales dentro de los cuales se desenvuelve la actividad de los historiadores argentinos, más que en el análisis concreto de sus prácticas profesionales y se desliza, casi “a vuelo de pájaro”, rápidamente, sin entrar en mayores precisiones, unas consideraciones generales sobre algunas grandes tendencias observables en la historiografía argentina de los últimos años.²

Por esto, este trabajo se propone volver la mirada sobre “la escritura de la historia” en la Argentina en el último decenio; se pretende examinar la historiografía argentina de ese período desde un punto de vista teórico-metodológico, abordaje poco contemplado en las indagaciones sobre el desarrollo de la disciplina en la Argentina y en América Latina.³ Así, en 2008, Eduardo Míguez publicó un análisis historiográfico

¹ Hilda Sabato, “La historia en fragmentos: fragmentos para una historia,” *Punto de Vista*, 70 (2001): 43 (41-48).

² Nora C. Pagano, “La producción historiográfica reciente: continuidades, innovaciones, diagnósticos,” en *Historiadores, ensayistas y gran público: La historiografía argentina, 1990-2010*, ed. Fernando Devoto (Buenos Aires: Biblos, 2010), 39-67.

³ Sobre esta cuestión, coincidimos con Juan Manuel Santana Pérez cuando señala que, por lo común, las investigaciones historiográficas buscaron ciertas concomitancias generacionales, estableciendo corrientes en muchas ocasiones exclusivamente en clave política, en vez de atender a tópicos como la concepción de la historia, el esquema interpretativo, el método, el sujeto histórico, la función del historiador, entre otros.

donde busca establecer cuál es el lugar ocupado por la historia social dentro del campo profesional en la Argentina, para lo cual recurre al examen estrictamente cuantitativo de la participación de los artículos y capítulos de esta especialidad aparecidos en algunas de las principales revistas académicas editadas en la Argentina entre los años '80 y los años iniciales de la primera década del siglo XXI y las más importantes colecciones de historia argentina general editadas en los últimos tiempos. El autor se propone hacer una "medición más precisa" del lugar de la historia social en la producción historiográfica seleccionada; en consecuencia, no avanza sobre el análisis cualitativo de la misma, desde el punto de vista temático, teórico-metodológico, interpretativo, etc.⁴

Resulta pertinente aquí la alusión al trabajo de Míguez, no por ser la única referencia existente en materia de análisis sobre la producción historiográfica argentina de las últimas décadas, sino porque su trabajo se focaliza en la historia social, campo sobre el cual se concentra específicamente la atención en esta contribución. En efecto, por la naturaleza del enfoque propuesto para este trabajo y sobre todo por el significativo y creciente volumen de la producción historiográfica argentina reciente, acompañado por una marcada tendencia al "desmigajamiento", resulta prácticamente imposible realizar un análisis exhaustivo de la obra de los historiadores en la última década.

En este marco, el análisis que se desarrollará en adelante exhibe dos limitaciones esenciales. Una, referida al campo de estudio, que se restringe sólo a la historia social. Ella fue, en los años '80, uno de los campos que lideró la renovación de la historiografía argentina y continúa siendo un sector vital de la profesión, si bien en los últimos tiempos la vanguardia historiográfica parece haberse deslizado desde la historia social hacia la historia política y la historia intelectual y cultural, acompañada de una revitalización de la historia económica desde hace unos años. En la Argentina, hacia los años '80, como señala Luis Alberto Romero, "la historia social comenzaba a consolidarse como un campo temático, al tiempo que retrocedía como perspectiva o como clave de una hipotética síntesis";⁵ hoy, varias décadas después, la historia social es, según el mismo autor, "en el mejor de los casos, un campo más, entre muchos" y, en sus palabras, "Los temas de punta, de innovación y debate están en su mayoría en otras

"La historiografía latinoamericana y su identidad," en *Problemas de historiografía*, vol. III de *Historia a debate*, ed. Carlos Barros (La Coruña: HaD, 2000), 351 (349-365); Juan Manuel Santana Pérez, "La historiografía latinoamericana e Historia a Debate," *e-latina*, no. 2 (2003): 39 (39-46), <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/hemeroteca/elatina/elatina2.pdf> [consulta 4 marzo, 2006].

⁴ Eduardo Míguez, "Entre la economía y la política: el espacio de la historia social en la historiografía argentina," en *Miradas sobre la historia social en la Argentina en los comienzos del siglo XXI*, ed. Silvia C. Mallo y Beatriz I. Moreyra (Córdoba, La Plata: Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti" y Centro de Estudios de Historia Americana Colonial, 2008), 49-64. La misma apreciación es válida para un trabajo anterior, de la autoría de Nora Pagano y Pablo Buchbinder, donde se examinan las revistas de historia editadas en la Argentina en los años '80 (*Cuadernos de Historia Regional, Anuario IEHS, Investigaciones y Ensayos, Estudios Sociales, Anuario de la Escuela de Historia* de la Universidad Nacional de Rosario, *Boletín Ravignani* y *Revista del Instituto de Historia del Derecho*), con la finalidad de establecer cuáles son las áreas temáticas, los períodos históricos y el tipo de aproximación que se privilegia en los trabajos, así como la pertenencia institucional de los autores. Aunque en este caso el análisis tiene carácter más general que en el trabajo aludido de Míguez, también está ausente la preocupación por el análisis cualitativo de la producción historiográfica. Nora Pagano y Pablo Buchbinder, "Las revistas de historia en la Argentina durante la década de los ochenta," en *La historiografía argentina en el siglo XX (II)*, ed. Fernando J. Devoto y otros (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1994), 110-131.

⁵ Luis Alberto Romero, "¿El fin de la historia social?," en *Historiadores, ensayistas y gran público: La historiografía argentina, 1990-2010*, ed. Fernando Devoto (Buenos Aires: Biblos, 2010), 35 (29-37).

partes: en la historia intelectual y de las prácticas discursivas, en la historia política, en la historia de las representaciones y la cultura.”⁶ La segunda limitación de esta contribución consiste en que la producción analizada sólo abarca la difundida a través de algunas de las principales revistas de la disciplina editadas en la Argentina correspondientes al período considerado, concretamente, *Anuario del IEHS*, *Anuario de la Escuela de Historia* de Rosario, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, *Desarrollo Económico*, *Estudios Sociales*, *Entrepassados*, *Población y Sociedad*, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales y Trabajos y Comunicaciones*. Es conveniente señalar que como parte del proceso de creciente profesionalización de la disciplina histórica en la Argentina, desde mediados del decenio de 1980, comenzaron a publicarse en el país varias revistas académicas especializadas de historia, cuya edición continúa hasta la fecha, entre las cuales se encuentran unas cuantas de las que proporcionaron los artículos examinados para este trabajo.⁷

La historia social argentina reciente en las revistas académicas

En una primera aproximación, panorámica, a dichas revistas se observa una evidente pérdida relativa de significación de la historia social, cuya producción ocupa una superficie editorial menor a la que mantenía en las décadas del ‘80 y ‘90. La muestra más extrema de esta remisión relativa es el caso de *Estudios Sociales*, revista que aparece en 1991, en la cual, durante la década del ‘90, los estudios histórico-sociales mantuvieron una presencia muy notoria, mientras que en el último decenio sus páginas fueron ocupadas sobre todo por trabajos de historia política. Esta última, acompañada – aunque con menor significación – por la historia cultural y la económica incremento su presencia en las revistas, desplazando a la producción de historia social, que ahora ocupa un espacio mucho menor que el que mantuvo entre mediados de los años ‘80 y el 2000. La panorámica puede confirmarse casuísticamente, al pasar revista a muchos autores de los trabajos de historia social de los años ‘80 y ‘90 que luego emigraron hacia el campo de la historia política; ellos son parte de esa migración masiva de historiadores que en los años recientes se dirigieron hacia ese campo.

Por otra parte, esa historia política, salvo escasas excepciones, no se interseca con la historia social. Esto quizás obedezca al propio desarrollo de la historia política, pero también al seguido por la historia social tal como se desarrolló desde los años ‘80, impulsada en buena medida por una “nueva historia de los trabajadores” que, en general, no concedió mucha significación a la dimensión más propiamente política. En este sentido, hay una historia política que, en algunos casos, se focaliza en las prácticas, los discursos y las ideas de los sectores dominantes, y en otros, como lo apunta Juan Suriano, los trabajadores son diluidos dentro de la “ciudadanía política”, de modo que no aparecen visiblemente involucrados en la historia política.⁸ De todos modos, creemos

⁶ Ibid., 35-36.

⁷ Así, el *Anuario* de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Rosario (Rosario) comenzó a editarse en 1984, el *Anuario IEHS* (Tandil) en 1986, la tercera serie del *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* (Buenos Aires) en 1989, *Estudios Sociales* (Rosario) en 1991, *Entrepassados* (Buenos Aires) en 1992, *Población y Sociedad* (Tucumán) en 1993 y la segunda época de *Trabajos y Comunicaciones* (La Plata) en 1996. La *Revista de Estudios Marítimos y Sociales* (Mar del Plata) es muy reciente, su n° 1 corresponde al año 2008, y *Desarrollo Económico* (Buenos Aires) ha tenido continuidad en su publicación desde 1958.

⁸ Juan Suriano, “Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores,” en *La historia económica argentina en la encrucijada*, ed. Jorge Gelman (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2006), 288 (285-306).

que algunos de los trabajos examinados para esta contribución dan cuenta de algún cruzamiento entre la historia social y la historia política. En efecto, si la historia política contemporánea está interesada por todo lo relativo al poder y las circunstancias y hechos afines a él, podríamos asumir que ella y la historia social se encuentran cuando se examinan, a nivel micro – dentro de espacios como la fábrica – las jerarquías laborales, las relaciones de género, la dinámica de los vínculos entre los patrones, el Estado y los trabajadores, efectuando un análisis que se focaliza en la capilaridad del poder y en las resistencias opuestas a él por “los de abajo”.

La producción de historia social argentina relevada para la última década exhibe gran heterogeneidad y, sobre todo, una notable dispersión, observándose la ausencia de núcleos aglutinantes, articuladores, y de cualquier intento de contribuir a la elaboración de alguna visión de conjunto, que ofrezca una síntesis siquiera de ciertos aspectos o sectores de la sociedad. En este sentido, coincidimos con Romero cuando señala que en la historia social argentina reciente “hay muchos temas pero pocas preguntas acerca de lo que antes se llamaba ‘la sociedad’.”⁹ En este contexto es comprensible la necesidad de comenzar a apuntar, en lo posible, a la elaboración de alguna visión más integradora, sintética, de los procesos histórico-sociales.¹⁰

La heterogeneidad interna y la dispersión de la historia social argentina, ya visibles en las décadas del ‘80 y ‘90, crecieron sensiblemente en el último decenio, notándose un fuerte policentrismo y cierta atomización en materia de temas y problemáticas. A ello hay que añadir que los intereses de los historiadores sociales argentinos se proyectaron hacia recortes temporales y espaciales, muy especialmente los primeros, antes poco transitados; si bien persiste un marcado interés por el viraje del siglo XIX al XX, la época de la construcción de la Argentina Moderna, se percibe una atención – aún limitada pero creciente – por la indagación de las élites durante los años 1930-1940 y los trabajadores desde el peronismo, incluso hasta la dictadura militar de 1976-1983 y el retorno democrático en este último año.

La producción relevada pone de manifiesto una visión pluralista de la sociedad, ya que se dedica al estudio de múltiples y variados grupos sociales, definidos a partir de diversos criterios de agrupamiento (clase social, ocupación, sexo, género, edad, etnia), lo que devuelve una imagen, aunque fragmentaria – por la falta de síntesis – compleja acerca de la sociedad argentina. Los sujetos sociales en los cuales se focaliza la atención se multiplicaron respecto a la producción historiográfica precedente, prácticamente monopolizada por los sectores populares y los trabajadores; en cambio, durante el último decenio emergen nuevos grupos, entre ellos, las élites, las mujeres, los niños, los pobres, las familias, los homosexuales, los enfermos, los médicos, los intelectuales. Entonces, en cierto sentido, podemos afirmar que la historia social argentina más

⁹ Luis Alberto Romero, “¿El fin de la historia social,” 36.

¹⁰ Esta cuestión no es privativa de la historiografía argentina, sino que es parte, a menudo central, de los debates que en las últimas décadas comenzaron a plantearse en el ámbito internacional en torno al presente y el futuro de la historia social y a lo que muchos denominan como “crisis” de dicho campo, especialmente tras el colapso de los grandes paradigmas teóricos que orientaron la elaboración de la historia social dominante hasta fines de los años ‘70. En el transcurso de las dos últimas décadas, como subraya Joan Sangster, “los análisis sobre la historia social como disciplina en crisis se han convertido en un subcampo en sí mismo.” Joan Sangster, “Historia social,” *Historia Social*, 60 (2008): 213 (213-224). Por otra parte, nos parece conveniente señalar, aunque sea al pasar, que la historia social siempre fue, desde sus mismos orígenes, un campo de indagación abierto, sin contornos muy precisos y careció de un concepto organizador fundamental.

reciente se ha tornado más plenamente social, al dejar de ser tan obrera primero y tan focalizada en el mundo de los trabajadores después, para comenzar a prestar seria atención a muchos otros sujetos sociales que ahora han irrumpido, legítimamente, en el escenario de la historia. Dentro de esta proliferación de nuevos sujetos sociales, por la atención prestada en la última década, quizás lo más destacable son las elites y las mujeres, que habían comenzado a esbozarse, tímidamente, como nuevos núcleos de interés historiográfico hacia los años '90, con más intensidad las mujeres que las elites.

Como señala Fernando Remedi en un trabajo reciente,¹¹ la incorporación de las mujeres como objeto de atención y sujeto de la historia era parte de un clima de época historiográfico que en la Argentina había comenzado a perfilarse hacia los años '80 y una de sus manifestaciones fue la primera edición de las Jornadas de Historia de las Mujeres en Luján en 1991, cuando esta especialización localmente apenas despuntaba, como se infiere del comentario de dicho evento, según el cual una de las conclusiones del encuentro consistía en destacar “la vitalidad expresada por este nuevo campo que aún no tiene caminos definidos ni una producción sólida.”¹² Había un interés por comenzar a acercarse a la experiencia vivida por las mujeres en el pasado. Esta tendencia se consolida de modo notable en la última década, muy especialmente dentro de la historia del trabajo, sacando a las mujeres de la relativa invisibilidad y marginación en que las había mantenido la tradicional historia del movimiento obrero e incorporándolas como sujeto a la historia social argentina, a partir de su participación en distintos contextos: como trabajadoras – dentro del mercado y el proceso de trabajo –, como militantes sindicales y políticas – participantes en huelgas, manifestaciones, actividades de propaganda, etc. –, como personas – en su vida cotidiana.

El estudio de las elites aparece como una de las novedades historiográficas de la última década en las revistas, aunque el interés por ellas había comenzado a percibirse hacia los años '90. En la producción relevada se observan dos tendencias más generales en el estudio de las elites. Por un lado, aquellos trabajos que las indagan focalizando su mirada sólo (o casi) en su relación con el poder político. En este caso, el centro de atención está, fundamentalmente, en lo político y en el intento de comprender las prácticas y las estrategias de los individuos y las familias de elite para alcanzar y conservar el poder. Podría decirse entonces que se trata, más que de historia social propiamente dicha, de una especie de historia política socialmente fundamentada, que incorpora aspectos sociales para explicar la dinámica del poder político. Este tipo de historia concentra la mirada sólo sobre las elites, que aparecen cerradas sobre sí, más bien aisladas del conjunto social, y examina los manejos de las familias, las alianzas y estrategias entre y dentro de ellas, la formación de redes, los intercambios y las prácticas del grupo que tienen por fin la consecución y preservación del poder político.¹³ La otra línea de investigación se ubica decididamente dentro de la historia social e indaga las elites en tanto grupo, focalizando la mirada en su constitución y su dinámica, a partir de sus prácticas y representaciones. Desde esta perspectiva y desde un grupo específico, se

¹¹ Fernando J. Remedi, “Los grupos sociales en la historiografía social argentina de las décadas de 1980 y 1990. Un recorrido por las revistas de historia,” en *Pensar y construir los grupos sociales: actores, prácticas y representaciones*. Córdoba y Buenos Aires, siglos XVI-XX, ed. Beatriz Moreyra y Silvia Mallo (Córdoba, La Plata: Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti” y Centro de Estudios de Historia Americana Colonial, 2009), 82-84 (35-91).

¹² Nérida Eiros, “Primeras Jornadas de Historia de las Mujeres, Luján, 1991,” *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 5 (1992): 133 (131-134).

¹³ Ejemplo: Claudia Herrera, “Redes de parentesco, azúcar y poder: la élite azucarera tucumana en la segunda mitad del siglo XIX,” *Entrepasados*, 31 (2007): 35-54.

examina la estructuración social, es decir, la construcción y reproducción de la sociedad, la organización de sus diferencias, especialmente entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Los trabajos apuntan a esclarecer el proceso por el cual, a través de las prácticas y las representaciones, se construye la distinción social en un contexto de sensible movilidad social ascendente y aluvión inmigratorio. Así, a través del estudio de la práctica, los usos y significados y las apropiaciones materiales y simbólicas del duelo de honor, se indagan los criterios sociales de inclusión/exclusión de un individuo en la “sociedad de la satisfacción”, la heterogeneidad y los mecanismos de jerarquización que funcionaban en el interior de las elites, más en general, la construcción social de la distinción.¹⁴ Lo mismo sucede cuando se analizan el estilo de vida y la sociabilidad de las elites como un canal para la producción de la distinción social; una sociabilidad cuyo eje estructurante serían las actividades ociosas y que serviría como medio de agrupamiento social y de definición y construcción de un estilo de vida.¹⁵ Esta línea de indagación sobre las elites se concentra, entonces, sobre sus maneras, conductas, estilos de vida, normas, como elementos vitales en el proceso de construcción de la diferencia, la deferencia y la legitimidad en la Argentina Moderna.

Junto a los nuevos sujetos sociales que emergen en la historiografía de la última década están presentes otros ya consagrados en ella desde mediados de los años ‘80, como los sectores populares y los trabajadores. Ellos ahora no sólo comparten las preocupaciones de los historiadores sociales sino que, además, muestran cierta remisión en su presencia en las revistas, quizás un síntoma más de lo que Suriano califica como “paralización”, “estancamiento”, “estado letárgico”, “falta de vigor y anemia”¹⁶ de la denominada “nueva historia de los trabajadores”. Esta última había florecido en la Argentina desde los años ‘80, clara y sensiblemente inspirada en la *labour history* de los historiadores marxistas británicos, y conllevó un distanciamiento temático, teórico-metodológico e interpretativo de la tradicional historia del movimiento obrero, deslizándose hacia una historia social de los trabajadores. Durante años, la historia obrera elaborada en América Latina, incluida la Argentina, a semejanza de lo sucedido antes en Europa y los Estados Unidos, había sido concebida en clave política e ideológica y construida desde una matriz metodológica propia de la tradicional historia política institucional, pero ahora aplicada a otro objeto de estudio, el movimiento obrero; había variado sustancialmente la temática pero se habían conservado notablemente los cánones metodológicos y los moldes interpretativos. En cambio, la “nueva historia de los trabajadores” trasladó su interés desde los líderes sindicales a las bases, desde los trabajadores organizados a la totalidad de ellos, desde el ámbito laboral y las protestas y movimientos de fuerza a los espacios extra-laborales y la vida cotidiana. Mucho más importante aún, se produjo un creciente abandono de la historia estructural, donde los mecanismos profundos subyacentes a las acciones humanas habían devenido los verdaderos protagonistas de la historia. La “nueva historia de los trabajadores” se caracterizó por colocar al hombre en el centro de la escena histórica, por enfatizar la agencia humana frente a las coacciones estructurales, concibiendo así a los trabajadores como protagonistas conscientes, reflexivos y efectivos de los procesos históricos, por desplegar una estrategia predominantemente microanalítica focalizada en lo cotidiano y en las experiencias vividas y preocupada, fundamentalmente, por

¹⁴ Sandra Gayol, “Exigir y dar satisfacción: un privilegio de las élites finiseculares,” *Entrepasados*, 31 (2007): 55-75.

¹⁵ Leandro Losada, “La alta sociedad y la política en el Buenos Aires del novecientos: la sociabilidad distinguida durante el orden conservador (1880-1916),” *Entrepasados*, 31 (2007): 81-96.

¹⁶ Juan Suriano, “Los dilemas actuales,” 286, 289, 300.

esclarecer el proceso de construcción de la clase y la identidad obreras.¹⁷ Esa profunda renovación historiográfica que supuso la emergencia, paulatina, de la “nueva historia de los trabajadores” desde los años ‘80, no era un fenómeno exclusivamente argentino, sino que un movimiento semejante se produjo contemporáneamente en los demás países de América Latina.¹⁸ Del mismo modo que lo señalado por Suriano para la historiografía argentina sobre los trabajadores, en un texto muy reciente Jurandir Malerba percibe, a escala de América Latina en su conjunto, una tendencia hacia “el enfriamiento de ese furor académico por la *labor history*” que había existido hacia los años ‘80, en sus palabras, una “desaceleración” de esa “nueva historia de los trabajadores”.¹⁹

En la Argentina, esa “nueva historia de los trabajadores”, entre mediados de los años ‘80 y durante los ‘90, se convirtió en hegemónica y quizás obstruyó el desarrollo de modalidades alternativas de trabajar en ese campo. Una de estas formas alternativas, ya visible en los ‘90, en la última década exhibe una producción sobre los trabajadores – con más precisión, sobre la clase obrera – en las revistas de la disciplina, aunque se trata de publicaciones de reciente aparición (por ejemplo, la *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*) o que no ocupan aún un lugar muy reconocido dentro de la historiografía argentina (*Anuario del Centro de Estudios e Investigación en Ciencias Sociales, Razón y Revolución*, etc.). Estas revistas exhiben un claro posicionamiento ideológico de izquierda y una opción teórico-metodológica por lo que uno de los más destacados cultivadores de esta historia obrera, Nicolás Iñigo Carrera, denomina “teoría del socialismo científico”.²⁰ Esta historia obrera coloca notorio énfasis en categorías como conflicto, lucha de clases y, muy especialmente, clase social y sus referencias teóricas y metodológicas fundamentales remiten a Marx y Gramsci. Su producción se focaliza exclusivamente en el enfrentamiento social, en concreto en las huelgas y, a falta de ellas, en los “microconflictos”,²¹ conflictos de reducidas dimensiones y formas menos espectaculares que acontecen en los lugares de trabajo dentro de las fábricas. La focalización en el conflicto resulta de la convicción profunda de estos historiadores de que la clase obrera, nudo de sus preocupaciones, sólo se constituye en la confrontación social. El punto de partida teórico-metodológico de esta historia obrera es un modelo de ambición globalizante que distingue tres dimensiones (economía, política y cultura), pero que es aplicado de modo claramente reduccionista en, al menos, dos sentidos: por un lado, la política es prácticamente reducida sólo a la confrontación (dejando de lado, particularmente, los consensos) y la cultura, a veces sugestivamente colocada entre

¹⁷ Para un análisis detallado de esta historia social de los trabajadores en la Argentina puede verse: Fernando J. Remedi, “Los grupos sociales en la historiografía social argentina,” 59-88.

¹⁸ Entre otros, pueden verse: Jurandir Malerba, “Nuevas perspectivas y problemas,” en *Teoría y metodología en la Historia de América Latina*, vol. IX de *Historia General de América Latina*, ed. del vol. Estevão de Rezende Martins y Héctor Pérez Brignoli (España: Ediciones UNESCO / Editorial Trotta, 2006), 63-90; Charles Bergquist, “La historia laboral latinoamericana desde una perspectiva comparativa. Observaciones acerca del carácter insidioso del imperialismo cultural,” *Estudios Sociales*, 5 (1989): 11-26; Fernando J. Remedi, “Los grupos sociales en la historiografía social argentina,” 35-91.

¹⁹ Jurandir Malerba, *La historia en América Latina: Ensayo de crítica historiográfica* (Rosario: Prohistoria, 2010), 72.

²⁰ Nicolás Iñigo Carrera, “La historia de los trabajadores,” en *La historia económica argentina en la encrucijada*, ed. Jorge Gelman (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2006), 271-284; Nicolás Iñigo Carrera, “Una introducción necesaria: Instrumentos teórico metodológicos para la investigación de la historia de la clase obrera,” *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 1 (2008): 7-12.

²¹ Agustín Nieto, “Conflictividad obrera en el puerto de Mar del Plata: del anarquismo al peronismo. El Sindicato Obrero de la Industria del Pescado, 1942-1948,” *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 1 (2008): 40 (35-44).

comillas, aparece equiparada lisa y llanamente con las formas de la conciencia o la ideología. Por lo común, el relato histórico es marcadamente *événementielle*, débilmente interpretativo y las conceptualizaciones resultan de la aplicación, casi inmediata y sin matices, de referencias teóricas provenientes de Marx y Gramsci.

La señalada proliferación de sujetos sociales en la historia social argentina reciente es el resultado del reconocimiento de la coexistencia de una diversidad de clivajes dentro de la sociedad y, como consecuencia, de la pluralidad de variables en función de las cuales una persona puede ser caracterizada y agrupada, así como de la admisión del carácter múltiple, fragmentado y cambiante de las identidades sociales. En sintonía con la historia social contemporánea internacional, identidades (sociales, étnicas, genéricas, etarias, sexuales, profesionales, etc.) es una categoría analítica que ganó notorio predicamento en la producción sociohistórica argentina reciente. En este avance de los estudios sobre las identidades sociales, una significativa – y por demás compleja – cuestión pendiente es problematizar y tratar de esclarecer históricamente cómo cambian las identidades y, sobre todo, cómo ellas se articulan entre sí. Aunque puedan existir identidades congruentes y complementarias relativas a un mismo sujeto, también se abre la posibilidad de que las identidades de un actor, independientes y múltiples, puedan parcialmente entrar en conflicto.²² Ese interrogante en torno a la relación entre las distintas identidades ya está presente, aunque aún tímidamente, en algunos de los trabajos examinados, donde se observa una preocupación por cómo se articularon, en casos históricos concretos, las identidades de clase y de género, de clase y étnica, individual y social.²³ Como señala Malerba respecto a la historiografía social latinoamericana de las últimas décadas, el análisis de clase no desapareció completamente, “pero ese concepto se tornó un factor explicativo entre muchos – no el único y ni el más importante.”²⁴

En conjunto, en los trabajos se percibe un decidido énfasis en la *human agency*, visualizándose a los individuos y grupos como protagonistas conscientes y reflexivos de los procesos de cambio histórico-social, agentes efectivos en la construcción y transformación de la realidad, aunque sin descuidar la existencia y eficacia de los condicionamientos estructurales. Desde diferentes temáticas y grupos, los trabajos contemplan en sus explicaciones las interrelaciones causales e históricamente cambiantes entre los mecanismos estructurales y la acción y la conciencia humanas; estas últimas, aunque estructuralmente condicionadas, son concebidas como socialmente estructurantes. Así, la historiografía argentina experimentó desde mediados de los años ‘80, y profundizó claramente en la última década, el deslizamiento observado en la historia social internacional, sintetizado por Bernard Vincent de la siguiente manera:

Antaño se hablaba de revolución cuantitativa, del anonimato de las masas y de la historia inmóvil. [...] Hoy las palabras maestras son experiencia individual, movilidad,

²² Beatriz Ana Loner, “La lenta construcción de identidades colectivas: trabajadores en el final del Imperio,” *Entrepasados*, 29 (2006): 28 (27-41).

²³ Mirta Zaida Lobato, “Niveles y dimensiones de análisis en el mundo del trabajo: notas a partir de una experiencia de investigación,” *Anuario IEHS*, 22 (2007): 401-421; Dora Barrancos, “La puñalada de Amelia (o cómo se extinguió la discriminación de las mujeres casadas del servicio telefónico en la Argentina),” *Trabajos y Comunicaciones*, 34 (2008): 111-128.

²⁴ Jurandir Malerba, *La historia en América Latina*, 74.

estrategia. A un mundo donde casi todo era determinado ha sucedido un mundo donde se toman iniciativas por todas partes.²⁵

En este sentido, varios de los trabajos reconstruyen las estrategias de diversos sujetos sociales, se trate del “comportamiento socialmente estratégico”²⁶ de las elites que en un contexto de fronteras sociales porosas intentan hacerlas menos permeables, o de las “estrategias laborales de las mujeres”, cuyo acceso al trabajo depende de la decisión de la trabajadora (donde intervienen sus capacidades, motivaciones, expectativas, etc.) y también de los condicionamientos estructurales (transformaciones económicas, acción del Estado, mentalidades),²⁷ o de las “estrategias alimentarias de reproducción de los pobres”, que eran un universo complejo, diversificado, matizado y versátil que comprendía la apelación a diversos tipos de relaciones alternativas a (y complementarias de) las de mercado para asegurar el acceso cotidiano a las subsistencias.²⁸

Junto a las estrategias ocupan un lugar destacado las manifestaciones de resistencia de “los de abajo” a los resortes del poder, inscriptas en los intersticios que éste deja y que revelan sus límites, se trate de las “transgresiones cotidianas” de los sectores populares a la ley,²⁹ de “los enfermos que hacen huelga”,³⁰ de “la puñalada de Amelia” al directivo de la empresa telefónica donde trabajaba³¹ o de la “indisciplina” de los obreros de una fábrica durante la última dictadura militar.³²

El énfasis en la *human agency*, sin descuidar las coacciones estructurales, permite explicar la apelación que se hace a modelos que giran en torno a la interacción entre la acción y la conciencia humanas y las estructuras condicionantes, tales como el marxismo culturalista británico, la teoría de la estructuración, la teoría de la práctica, entre otros. En este sentido, en la producción de la última década se acrecienta sensiblemente el predicamento de referentes teóricos relativamente nuevos para la historia social argentina, como los provistos por Pierre Bourdieu y Norbert Elias, especialmente en *La distinción* y *El proceso de civilización*, respectivamente, en especial en los estudios sobre las elites.³³ En otros trabajos se observa que, si bien siguen vigentes los aportes de Michel Foucault, a ellos se añaden otros que permiten rescatar la capacidad estructurante de los sujetos a partir de los intersticios que dejan los dispositivos de control y los mecanismos de disciplinamiento. Este eclecticismo es

²⁵ Bernard Vincent, “Tiempo de reaccionar,” *Historia Social*, 60 (2008): 249 (249-252).

²⁶ Sandra Gayol, “Exigir y dar satisfacción,” 66 y 72.

²⁷ Silvana A. Palermo, “Introducción” al *dossier* “El trabajo femenino en el siglo XX: nuevas miradas y planteos de la historia de la mujer y los estudios de género”, *Trabajos y Comunicaciones*, 34 (2008): 102-103 (99-109); Dora Barrancos, “La puñalada,” 111-128.

²⁸ Fernando J. Remedi, “Los pobres y sus estrategias alimentarias de supervivencia en Córdoba, 1870-1920,” *Población y Sociedad*, 12/13 (2005-2006): 165-201. También disponible en: <http://www.poblacionysociedad.org.ar/archivos/12/P&S-12-13-art05-remedi.pdf> [consulta 13 enero, 2011]

²⁹ María Paula Parolo, “Conflictividad, rebeldía y transgresión. Los sectores populares de Tucumán en la primera mitad del siglo XIX,” *Estudios Sociales*, 29 (2005): 25-50.

³⁰ Diego Armus, “Cuando los enfermos hacen huelga: Argentina, 1900-1940,” *Estudios Sociales*, 20 (2001): 53-79.

³¹ Dora Barrancos, “La puñalada,” 111-128.

³² Daniel Dicósimo, “Indisciplina obrera en la industria metalúrgica durante el ‘Proceso de Reorganización Nacional’,” *Anuario IEHS*, 22 (2007): 445-463.

³³ Leandro Losada, “Aristocracia, patriciado, élite. Las nociones identitarias en la élite social porteña entre 1880 y 1930,” *Anuario IEHS*, 20 (2005): 389-408; Leandro Losada, “La alta sociedad y la política,” 81-96; Sandra Gayol, “Exigir y dar satisfacción,” 55-75.

observable, por ejemplo, en el estudio de caso sobre la “indisciplina obrera” durante la última dictadura, donde se combinan Foucault y Michel De Certeau. El autor del trabajo concibe a la disciplina industrial, siguiendo a Foucault, como un “mecanismo de poder” que busca aumentar la utilidad y la obediencia y desarmar las resistencias, a la vez que recurre al concepto de “artes de hacer” propuesto por De Certeau y, concretamente, a sus “tácticas”, que son asimiladas con “un arte del débil”, en el caso histórico considerado, los trabajadores de una metalúrgica.³⁴

En sintonía con los deslizamientos de la historia social internacional de las últimas décadas, la producción argentina está atravesada, en términos generales, por un giro socio-cultural, por el reconocimiento de la gravitación de lo cultural en la producción y reproducción de lo social.³⁵ Los historiadores sociales cuestionaron profundamente las categorías sociales duras, fijas, esencialistas; se buscaba, desnaturalizar (o al menos des-banalizar) los mecanismos de agregación y asociación. En particular, la perspectiva cultural impuso una revisión profunda de los criterios de estratificación social rompiendo con el exclusivismo de la clase.³⁶ Los grupos se recortan dentro del territorio social a partir de criterios de identidad múltiples, basados en posiciones objetivas de clase, diferencias étnicas, de género, etc. Ya a fines de los años ‘80, en alusión a la historiografía social latinoamericana, Emilia Viotti Da Costa señalaba: “los nuevos historiadores son más conscientes que sus antecesores de que existen varias y competitivas formas de subjetividad humana distintas de aquellas que nacen de la situación de clase.”³⁷ Las identidades son concebidas como algo fluido, múltiple, fragmentado y la identidad social del individuo se transforma de un dato fijo y definitivo en un fenómeno plural, contingente, temporal, mudable, susceptible de adaptaciones en función de los contextos variables que lo envuelven.³⁸

En la historiografía argentina, el giro socio-cultural es particularmente evidente en la preocupación por las identidades, su construcción y la emergencia de los grupos sociales. Así, las contribuciones examinadas sobre las mujeres trabajadoras muestran preocupación por rescatar sus tradiciones, sistemas de valores, ideas y, más en general, por reconstruir la red de creencias, actitudes, sentimientos, ideologías que daban forma a las jerarquías laborales, las calificaciones y las escalas salariales; mientras tanto, la producción sobre las elites consagra parte de su esfuerzo a reconstruir sus auto-

³⁴ Según el autor, De Certeau le parece útil “porque evita privilegiar el aparato productor de la disciplina - déficit que señala a Foucault- y se concentra en los ‘procedimientos y ardidés’ que ‘juegan con los mecanismos de la disciplina y sólo se conforman para cambiarlos’.” Daniel Dicósimo, “Indisciplina obrera,” 450.

³⁵ Entre otros muchos trabajos sobre el giro cultural en la historia social pueden verse: Geoff Eley, *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad* (Valencia: Universitat de Valencia, 2008): 191-297; Paula S. Fass, “Cultural History/Social History: Some Reflections on a Continuing Dialogue,” *Journal of Social History*, 37, 1 (2003): 39-46; Beatriz I. Moreyra, “Los desarrollos de la historia social contemporánea: ¿Hacia un nuevo giro social?,” en *Miradas sobre la historia social en la Argentina*, 65-91.

³⁶ Jorge Uría, “La historia social hoy,” *Historia Social*, 60 (2008): 247 (233-248).

³⁷ Emilia Viotti Da Costa, “Estructuras versus experiencia. Nuevas tendencias en la historia del trabajo y la clase trabajadora en Latinoamérica -¿Qué ganamos? ¿Qué perdemos?,” *HISLA*, XI (1988): 85 (81-95).

³⁸ Sobre las identidades sociales y las preocupaciones de la historia social contemporánea pueden verse, entre otros: Carlos Forcadell Álvarez, “La historia social, de la «clase» a la «identidad»,” en *Sobre la Historia actual: Entre política y cultura*, ed. Elena Hernández Sandoica y Alicia Langa (Madrid: Abada Editores, 2005), 15-35; Manuel Pérez Ledesma, “La construcción de las identidades sociales,” en *Identidades y memoria imaginada*, ed. Justo Beramendi y María Jesús Baz (Valencia: Universitat de Valencia, 2008), 19-41.

representaciones, considerando que éstas son significativas en la construcción de la distinción social y en la organización de las diferencias dentro de ese sector.

Esta última aproximación está en sintonía con la línea de investigación abierta en la historia social internacional desde hace unas décadas que postula la necesidad de retornar a las fuentes y prestar seria atención al lenguaje y a las categorías clasificatorias utilizadas por los mismos sujetos históricos, con el objetivo de aprehender los criterios que tenían vigencia efectiva en la sociedad. Lejos de postular la adopción del “giro lingüístico” y sus consecuencias, se plantea al análisis de los discursos de los actores como una herramienta para aprehender las proposiciones sobre la estratificación social, un medio para reconstruir los sistemas de sentido concernientes a las clasificaciones sociales del pasado, examinando su origen, su utilización y los conflictos que generaban y de los cuales eran resultado.³⁹ Esto es especialmente notorio en uno de los trabajos examinados, donde se indagan las auto-representaciones de las elites, plurales y cambiantes, debido a la heterogeneidad de su propia composición social y a la existencia de una intensa movilidad social ascendente en el contexto de una modernización que transformaba y complejizaba la estructura social.

Como señalamos, esta aproximación está lejos de adoptar los presupuestos del “giro lingüístico”. La producción examinada, en su conjunto, muestra más bien un rechazo del mismo y subraya – a menudo de modo explícito – los límites de la construcción discursiva de la realidad: lo social se construye también mediante el lenguaje y los discursos pero no puede reducirse solamente a ellos. La atención prestada al carácter formativo de los discursos no se confunde con una subsunción de toda práctica social en prácticas discursivas, evitando así el riesgo del “reduccionismo semiótico” posestructuralista, que parece reducir todos los aspectos de la realidad a meros efectos de comunicación. La construcción de las identidades no puede reducirse a una lucha entre discursos, sin que sepamos de dónde proceden esos discursos y por qué cambian. Como lo subraya el historiador Manuel Pérez Ledesma, remitiendo a Bajtin y sus discípulos, el lenguaje es también un campo de lucha, pero no sólo de lucha entre discursos, sino también de lucha entre grupos sociales, sus experiencias y sus interpretaciones, lo cual otorga un papel más activo a los individuos y a los grupos en la construcción de las identidades.⁴⁰ Así, en los trabajos examinados, varios autores postulan la necesidad de una historia social que conciba al mundo como mucho más que “un texto”, pero que a la vez reconozca la importancia del lenguaje en la construcción de lo social.⁴¹ De aquí la significación otorgada en varios de los trabajos a las fuentes literarias (poesía, letras de tango, obras de teatro, etc.), utilizadas en combinación con otro tipo de documentación que revela los límites de los discursos en la construcción de lo social.⁴²

³⁹ Simona Cerutti, “La construction des catégories sociales,” en *Passés recomposés : Champs et chantiers de l'histoire*, ed. Jean Boutier y Dominique Julia (París : Autrement, 1995), 230 (222-234).

⁴⁰ Manuel Pérez Ledesma, “La construcción,” 40.

⁴¹ Diego Armus, “El viaje al centro. Tísicas, costureritas y milonguitas en Buenos Aires, 1910-1940,” *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 22 (2000): 101-124; Graciela Amalia Queirolo, “El mundo de las empleadas administrativas: perfiles laborales y carreras individuales (Buenos Aires, 1920-1940),” *Trabajos y Comunicaciones*, 34 (2008): 129-151; Mirta Zaida Lobato, “Niveles y dimensiones,” 401-421; Juan Suriano, “Los dilemas actuales,” 285-306.

⁴² Por ej., el trabajo de Armus, donde se señala: “el olvido de los hombres que hacen las letras de tango, la literatura y el cine desdibuja el impacto cuantitativo de la enfermedad [la tuberculosis] en el Buenos Aires del primer tercio del siglo XX y también de las historias que sobre ella pueden escribirse. Esta imagen sesgada revela que una historia de la tuberculosis basada en esas narrativas literarias, en sus asociaciones

Pese a la diversidad de estrategias de abordaje desplegadas, en la producción examinada se percibe una opción por la escala micro de observación. Esta estrategia no supone, al menos *a priori*, un desinterés por los grandes procesos, sino una modalidad alternativa de abordarlos, que toma distancia de la tradicional aproximación macroanalítica y globalizante para, en cambio, examinar los grandes procesos desde los sujetos sociales concretos actuantes dentro de espacios reducidos, como los trabajadores y las trabajadoras en unidades productivas y lugares de trabajo, las elites y las relaciones parentales y sus espacios de sociabilidad, los enfermos y los médicos en los hospitales, los pobres y su vida cotidiana, etc.

Breves conclusiones

A modo de síntesis, se puede decir que la producción historiográfica argentina reciente en el campo de la historia social en términos generales se caracteriza, desde el punto de vista teórico-metodológico, por una visión pluralista de la sociedad, la multiplicación de los sujetos históricos (cierto eclipsamiento de los trabajadores, un creciente interés por las elites, las mujeres y el género), el reconocimiento de la pluralidad identitaria de los individuos y una marcada preocupación por las cambiantes identidades sociales, un decidido énfasis en la capacidad estructurante de la acción humana (dentro de las restricciones estructurales existentes), la inquietud por comprender los modos de estructuración y de funcionamiento de la sociedad más que la descripción de las estructuras sociales, la importancia creciente atribuida a la cultura (en un sentido amplio) en la reproducción de las formas sociales, la utilización de referentes conceptuales y teóricos relativamente novedosos para la historiografía local y un marcado predominio de las escalas micro de observación.

Desde estos presupuestos teórico-metodológicos, la producción reciente de los historiadores sociales argentinos se muestra estrechamente vinculada a las tendencias historiográficas internacionales, en concreto, a los grandes deslizamientos producidos desde fines de los años '70, cuando comenzó a colapsarse definitivamente el edificio de la historia socio-científica – estructural, totalizante, determinista, atemporal, cuantitativa – construida bajo la impronta de los paradigmas macrosociales, globalizantes y estratificados provistos sobre todo por el marxismo y el estructural-funcionalismo. Con el análisis efectuado en este trabajo esperamos contribuir, siquiera humildemente, a un avance en el conocimiento más preciso acerca de las tendencias mayores que atraviesan el campo de la historia social más reciente en la Argentina, en un contexto caracterizado por un notable dinamismo y un fuerte crecimiento y diversificación de la producción historiográfica en su conjunto, acompañados de una multiplicación permanente – quizás algo desordenada – de los objetos de estudio, los enfoques y los planteos teórico-metodológicos. Un contexto disciplinar en el cual la historia social ha devenido un campo más de investigación, entre otros.

y metáforas, no es, no puede ser, toda la historia. Esta constatación, bastante poco original, parece sin embargo pertinente en tiempos, como los que corren, en que el giro lingüístico se ha impuesto en la narrativa histórica [...]" ; más adelante se expresa: "en las primeras décadas del siglo XX, las mujeres trabajadoras en las fábricas y talleres, las señoras de la elite activas en la filantropía, las empleadas en las grandes tiendas del centro, las médicas, las dactilógrafas, las mujeres que viajaban en el tranvía y, ciertamente, las 'milonguitas' son evidencias -concretas, no meramente discursivas- del nuevo lugar de la mujer en la escena pública." Diego Armus, "El viaje al centro," 121 y 123 respectivamente.

Bibliografía general

- Aurell, Jaume, *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos*. Valencia: Universitat de Valencia, 2005.
- Barrio Alonso, Ángeles, “Historia obrera en los noventa: tradición y modernidad,” *Historia Social*, 37 (2000): 143-160.
- Bourdé, Guy; y Martin, Hervé, *Las escuelas históricas*. Madrid: Akal, 1992.
- Casanova, Julián, *La Historia social y los historiadores*. Barcelona: Crítica, 1991.
- Chartier, Roger, “La historia de hoy en día: dudas, desafíos, propuestas,” en *La ‘nueva’ historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, ed. Ignacio Olabarri y Francisco Javier Capistegui. Madrid: Complutense, 1996, 19-33.
- Delacroix, Christian; Dosse, François; y Garcia, Patrick, *Les courants historiques en France. 19e.-20e. siècle*. Paris: Armand Colin, 2002.
- Dosse, François, *La historia en migajas*. Valencia: Alfons el Magnànim, 1988.
- Fontana, Josep, *La Historia de los hombres*. Barcelona: Crítica, 2004.
- Iggers, Georg, *La ciencia histórica en el siglo XX. Tendencias actuales*. Barcelona: Idea Books S.A., 1998.
- Kocka, Jürgen, “Losses, Gains and Opportunities: Social History Today,” *Journal of Social History*, 37, 1 (2003): 22-28.
- Noiriel, Gérard, *Sobre la crisis de la historia*. Madrid: Frónesis Cátedra, Universitat de València, 1997.
- Núñez-Seixas, Xosé Manuel, “La historia social ante el dominio de la historia cultural: Algunas reflexiones,” *Historia Social*, 60 (2008): 177-184.
- Revel, Jacques, *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*. Buenos Aires: Manantial, 2005.
- Romero, Luis Alberto, “La historia social,” en *Historiografía Argentina (1958-1988): Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*, ed. Comité Internacional de Ciencias Históricas - Comité Argentino. Buenos Aires: 1990.
- Thane, Pat, “¿Qué es hoy la historia social?,” *Historia Social*, 60 (2008): 225-232.

Profile

Ph.D. in History from the Catholic University of Córdoba (Republic of Argentina), and researcher of the National Council of Scientific and Technical Research (CONICET), he lectures in Methodology of Historical Research at the National University of Córdoba and the Catholic University of Córdoba. Director of the Centre for Historical Studies “Prof. Segreti” (2006-08) and of its Annual Report since 2005. His field of research is focused upon the social history of Argentina, his current project being, “The world of the poor in the context of growth and modernization (Córdoba, 1870-1930).”

Doctor en Historia por la Universidad Católica de Córdoba, e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), imparte clases de Metodología de la Investigación Histórica en la Universidad Nacional de Córdoba y en la Universidad Católica de Córdoba. Director del Centro de Estudios Históricos “Prof. Segreti” (2006-08) y de su Anuario desde 2005. Su campo de investigación se centra en la historia social argentina, siendo su proyecto actualmente, “El mundo de los pobres en el marco del crecimiento y la modernización (Córdoba, 1870-1930)”.

Fecha de recepción: 13 de enero de 2011

Fecha de evaluación: 3 de febrero de 2011

Publicado: 15 de junio

Para citar este artículo: Fernando J. Remedi, “La producción en el campo de la historia social argentina en la última década”, *Historiografías*, 1 (primavera, 2011): pp. 53-67, <http://www.unizar.es/historiografias/numeros/1/rem.pdf>